

Vladimir Nabokov

Ada o el ardor

Traducción de David Molinet

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: Bibliografía recomendada, Clásicos mínimos, Nadadores  
Fecha de Publicación: 29/08/2020 y 17/11/2020  
Número de páginas: 8  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## Vladimir Nabokov: Ada o el ardor

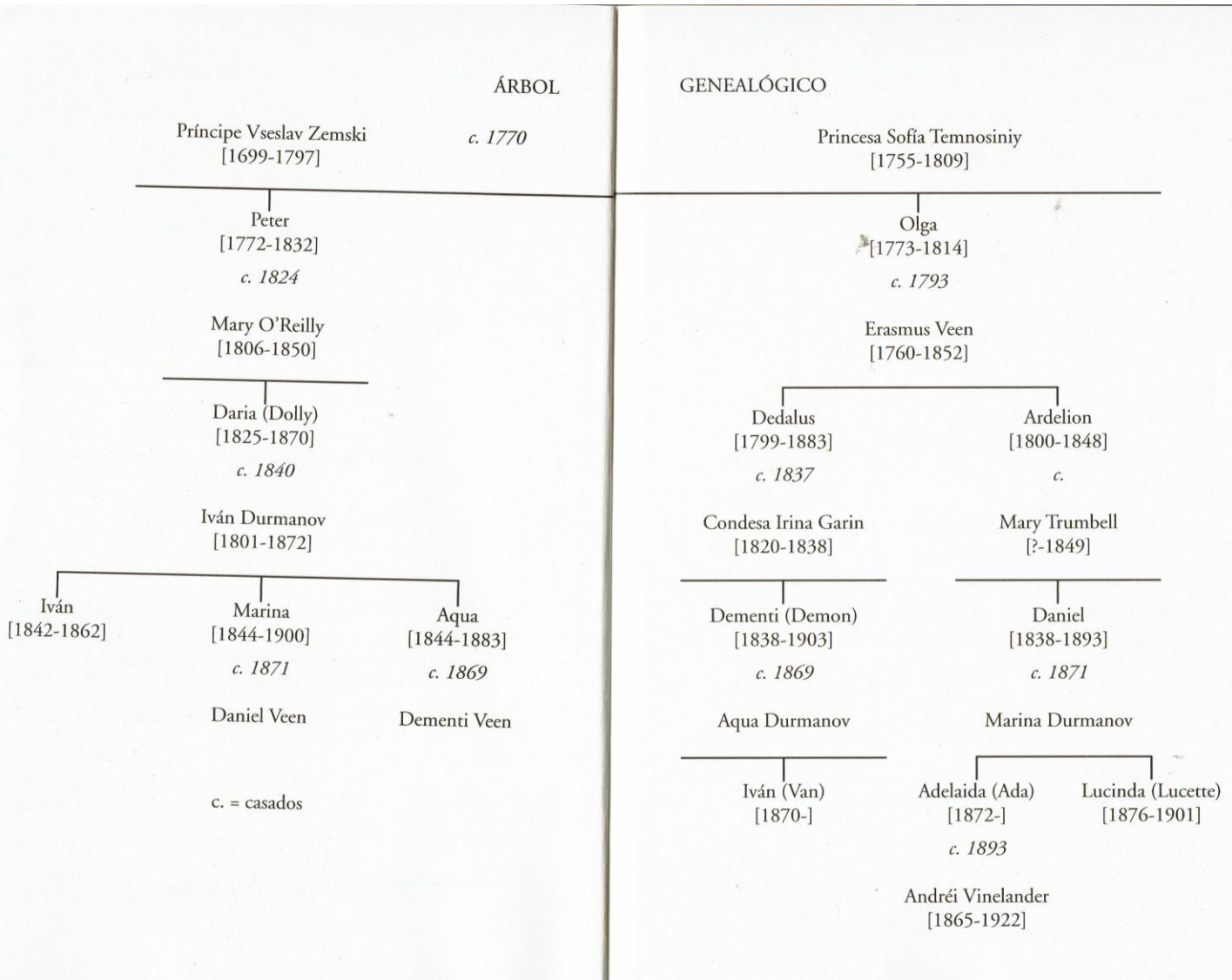
Traducción de David Molinet.

Barcelona, 1992, Anagrama. Primera edic. Nueva York, 1969.



Plena de cinismo y sentido del humor, la última novela de Nabokov (1899-1977) puede ser vista como una culminación de la gran novela burguesa internacional; global y mestizada, rabiosamente occidental y americana. Refinado y guasón, desbordante de culturalismo irónico con multitud de guiños más o menos encubiertos que darían para prolijas ediciones críticas de tipo académico, todo lo desborda el autor con un erotismo omnipresente y nunca procaz que diluye toda posible lectura intelectual o trascendente. Porque es la historia de una pasión tempranísima incestuosa que no decae, sino todo lo contrario, a lo largo del tiempo hasta serenarse al fin en una vejez compartida desde donde

se filtra a través de una memoria remansada. La genealogía de los dos personajes amantes, Van y Ada (Iván y Adelaida), puede ser una plantilla básica inicial para comprender mejor el mundo evocado, ese culmen de una historia familiar cosmopolita y burguesa, que atraviesa el cristal de la historia sin romperse ni mancharse.



Si la inquietante transgresión en la linde de lo admisible enmarca a *Lolita*, la novela y personaje más famosos del autor, se puede decir que llega a su límite más extremo con Ada – Adelaida – y sus amores desde la infancia con su primo Van – Iván – que en realidad – sus padres lo saben y ellos lo sospecharán a posteriori – son hermanos de padre ambos. El tabú de la pederastia se diluye cuando ambos son niños y el del incesto se diluye por el desconocimiento inicial de ambos protagonistas, pero está latente en el extenso relato ríu gozoso y trágico a la vez, siempre en la frontera de lo admisible por una sociedad civilizada o culta, aunque hondamente amoral. Y no deja de ser por todo ello una extraordinaria historia de amor total.

Nadar y amar aparecen de la mano desde el principio, desde el verano de su amor infantil.

Fueron a Ladore a nadar, a pasear en barca.

Siguieron los meandros del río adorado, le buscaron nuevas rimas, treparon por la colina en la que se elevaban las ruinas ennegrecidas de Chateau-Bryant, cuya torre sobrevolaban siempre los vencejos. Llegaron hasta Kaluga, fueron a beber a las Aguas y a visitar al dentista. Van, ocupado en hojear una revista, oyó cómo Ada gritaba en la pieza vecina y exclamaba “chort!” (¡diablo!), lo que nunca le había oído antes. Tomaron el té en casa de una amiga, la condesa de Prey – que trató de venderles, sin éxito, un caballo cojo –. Fueron a la feria de Ardisville, donde admiraron especialmente a los volatineros chinos, un payaso alemán, y una robusta princesa circasiana, tragadora de sables, que comenzó por un cuchillo de postre, continuó por un puñal ornado de pedrería, y terminó engulléndose una enorme salchicha, con cuerda y todo.

Hicieron el amor... principalmente en vallecillos y hondonadas.

A los ojos de un fisiólogo corriente, la energía de aquellos jovencitos habría podido parecer anormal. El deseo desenfrenado que sentían el uno por el otro les resultaba insoportable si, en el espacio de algunas horas, no lo satisfacían varias veces, al sol o a la sombra, en el tejado o en el sótano, dondequiera que fuese. A pesar de sus recursos poco comunes, Van no podía apenas sostener el paso que le marcaba su pálida y pequeña “amorette” (por valernos de la jerga francesa del lugar). Explotaban el placer con una prodigalidad que rayaba en locura y que indudablemente habría acortado sus jóvenes existencias si el verano, que en principio se les había aparecido como la promesa de un río sin límites, inagotable de libertad y esplendores verdes, no les hubiese proporcionado ciertas alusiones veladas a posibles desfallecimientos: la fatiga producida por las variaciones sobre el mismo tema (cuando flores y mariposas nocturnas se imitan entre sí); la aparición de una pequeña pausa a fines de agosto y un primer silencio a principios de septiembre... (pp. 152-153).

Después de una escena de nadadores en una piscina con final algo grotesco – “...Herr Rack, nadando otra vez, se acercó de nuevo a Ada, sobre el borde de la piscina. En el curso de su elevación anfibia estuvo a punto de perder su informe taparrabos.” (p. 215) – sobre todo por los celos de Van ante un criado alemán músico feo y desgarbado, pero que sospechaba que podía requebrar a su ninfa niña... no aparecerán más nadadores hasta la segunda parte; y aquí de una manera compleja, relacionada con una “novela filosófica” de Van ya adulto, algo así como de ciencia ficción, en la que una diminuta Theresa vuela de su planeta hasta el laboratorio del científico Sig... El resultado es otro fragmento no menos grotesco que el anterior, en donde Theresa “nada como una microsirena” en una probeta del científico y es tirada a la basura

accidentalmente por una ayudante del profesor (p. 352). Pero esas dos escenas son apéndices secundarios y hasta algo insípidos al lado del nadar trágico hacia el suicidio del tercer personaje central de la historia de Ada, su hermana pequeña Lucinda o Lucette; testigo de los amores de su hermana Ada y su primo Van, en un momento ya de su juventud quiere seducirle vanamente, incluso evocando “noches tórridas” con su hermana Ada como maestra, intentado despertar el interés de Van sin conseguirlo; en un momento de sus confidencias provocativas, al preguntarle “¿Te horroriza eso, Van? ¿No execras?”, la contestación de su primo la deja “anonadada” por su trivialidad: “Al contrario... De no haber nacido macho y heterosexual, yo seguramente hubiera sido lesbiana” (p. 394). Una primera aproximación a ese trágico nadar de Lucette tiene lugar en una escena de piscina de un trasatlántico la tarde del 4 de junio de 1901, en donde coincidieron Van y su hermanastra Lucette... (p. 489 ss.) “Después de nadar unos minutos volvió a la terraza en la que Van estaba tumbado...” Y recomienza otra escena de la fallida seducción de Lucette:

- ¿Vienes conmigo? – propuso, mientras se levantaba.  
Van sacudió la cabeza, y dijo, sin dejar de mirarla.
- Te elevas como la Aurora.
- Su primer cumplido – dijo Lucette,  
con una pequeña inclinación de cabeza, como si se dirigiera a un confidente invisible.

Van se puso las gafas de sol y contempló a Lucette, que ya estaba de pie en el trampolín, con las costillas encuadrando el hueco formado por una brisca inspiración, mientras se aprestaba a arder en el ámbar. Van se preguntó, en una nota de pie de página mental (que bien podría ser algún día accesible al público), si las gafas de sol, y otros aparatos ópticos que indudablemente deforman nuestro concepto del espacio, no ejercen también una influencia en el estilo de nuestro discurso...

- Tengo preparado el segundo cumplido – le dijo, cuando volvió a sentarse a su lado –. Saltas divinamente. Yo me zambullo de un modo lamentable.
- ¡Pero nadas más rápido! – protestó Lucette, haciendo resbalar sus tirantes y tendiéndose sobre el vientre –. *Mezjdu prochim* (a propósito), ¿es verdad que a los marineros de los tiempos de Tobakoff no les enseñaban a nadar para evitar que muriesen con los nervios rotos si su barco se hundía?
- A los vulgares marineros, es posible, pero cuando *mitchman* Tobakoff en persona naufragó en Gavaille, nadó cómodamente durante horas, cantando “migajas de viejas canciones”, como Ofelia, y otras cosas para asustar a los tiburones, hasta que un barco de pesca le salvó... uno de esos milagros que requieren un mínimo de cooperación de todos los interesados, spongo.

Este era el prólogo, de alguna manera, a la escena culminante de la tercera parte de la novela, el suicidio de Lucette, tras emborracharse en el bar del trasatlántico.

Lucette bebió un “poney cosaco” de vodka Klass, bebida detestable pero eficaz, tomó otro, y fue apenas capaz de tragarse un tercero, porque un vértigo loco la invadió.  
¡Nada como loco y escapa de los tiburones, Tobakovich!  
[...]

Para izarse hasta el puente Lucette hubo de colgarse de la barandilla. Subía en zigzag, como una lisiada. Al alcanzar su meta sintió el impacto sólido de la noche negra y la movilidad de la morada fortuita que estaba a punto de abandonar.

Aunque nunca hasta entonces se hubiera Lucette sumergido en la muerte – no, en el “mar”, Violeta – desde una altura parecida y en medio de un tal desorden de sombras y reflejos serpentiformes, entró casi sin ninguna salpicadura en la ola que se encorvó para darle la bienvenida. Aquel final perfecto fue echado a perder por el gesto instintivo que le llevó inmediatamente de nuevo a la superficie, cuando ella, durante su última noche en tierra, había decidido abandonarse a la ola en la lasitud del narcótico, en caso de tener que llegar a tal extremo. La muy simple no se había ejercitado en la técnica del suicidio como lo hace a diario, por ejemplo, el paracaidista en caída libre en el elemento de un futuro capítulo. El tumulto de las aguas y la indecisión de Lucette que no sabía a donde volver sus miradas en medio de las tinieblas, la espuma pulverizada y la opacidad de los tentáculos de sus propios cabellos, hicieron que no pudiese distinguir las luces del paquebote, que hemos de imaginar como una masa de tinieblas con mil ojos, alejándose poderosamente en un triunfo despiadado. Y, miren por donde, he perdido la nota siguiente.

Ya la he encontrado.

El cielo no era menos despiadado y negro, y el cuerpo de Lucette, su cabeza, y, sobre todo, aquel maldito pantalón, seguían atascados en el Océano Nox, ene, o, equis. Cada sorbo de sal amarga y helada le hacían repetir un sabor de anís nauseabundo, y su cuello y sus brazos estaban cada vez más humedecidos (no: entumecidos). Cuando empezaba a perder la estela de sí misma, pensó que convenía revelar a una serie de huidizas Lucettes (encargándoles que se pasasen la información de boca en boca, como en el espejismo de un palacio de cristal) que la muerte no era otra cosa que una reunión más completa de los infinitos fragmentos de la soledad.

No vio pasar ante ella, como en un relámpago, toda su existencia, según todos habíamos temido. El caucho rojo de una querida muñeca se quedó tranquilamente descompuesto entre los nomeolvides



de un arroyo inanalizable. No obstante, mientras nadaba en redondo, como un Tobakoff amateur, en un círculo de pánico fugitivo y de insensibilidad misericordiosa, distinguió algunas imágenes singulares. Vio un par de zapatillas de piel de marta que Brigitte se había olvidado de poner en la maleta; vio a Van enjugarse los labios antes de contestar, dejar la servilleta sin decir nada, y levantarse de la mesa al mismo tiempo que ella; vio a una chica de largo pelo negro inclinándose ágilmente, al pasar, para acariciar a un dackel coronado de flores medio desechas.

El capitán hizo botar una motora potentemente iluminada. Van, el profesor de natación, y Toby, encapuchado con un chubasquero amarillo, estuvieron en la patrulla de rescate. Pero un gran trozo de mar había huido, y Lucette estaba demasiado fatigada para esperar. Luego la noche se llenó del traqueteo de un viejo y robusto helicóptero, pero su diligente haz de luz no encontró más que la negra cabeza de Van, el cual, precipitado al mar por un viraje de la canoa, gritaba interminablemente el nombre de la ahogada sobre las aguas negras surcadas de espuma laberíntica.

\*\*\*

Un magnífico fragmento literario para un final trágico de uno de los personajes más refinados de la novela, parte inconsciente de un asunto amoroso a tres que lleva un paso más allá aún la heterodoxia de las relaciones amorosas en esta novela de Nabokov. A partir de aquí, en las dos partes finales, mucho más breves, del relato, ya solo aparecen, como un enmarque paisajístico más, al evocar los amores de la vejez de Van y Ada, al fin juntos sin cortapisas ni intermediaciones y con su amor de infancia como tatuaje más íntimo y veraz.

Ada admiró la población de aves acuáticas: patos negros moñudos, con contrastes blancos en los flancos, que les hacían parecer personas saliendo de unos almacenes (comparación que, como las siguientes, pertenece a Ada) con un paquete plano y alargado (¿una corbata nueva?, ¿unos guantes?) bajo cada brazo, mientras el pequeño moño negro recordaba la cabeza de Van cuando tenía catorce años y acababa de bañarse en el arroyo; fúlicas (que, después de todo, habían regresado) nadando con un curioso movimiento del cuello, como para sacar agua con una bomba, al estilo de los caballos que van al paso; palmípedas del género *policeps*, de diversos tamaños, moñudas o no, con la cabeza alzada y algo de heráldico en su actitud. Tenían ritos nupciales maravillosos, enhiestos macho y hembra, frente a frente, muy juntos, así (Ada, al explicarlo, formaba un paréntesis con los dedos)... un poco como dos cantoneras para sujetar libros, sin libros entre ellas, y sacudiendo la cabeza... (p. 535).

Y finalmente, ya muchos años después, ya nonagenarios y aún enamorados, en una espera más de la amada, Van evoca desde un balcón la última separación en 1905 – cuando Ada debía irse con su marido antes de enviudar de una vez – en el momento en el que espera un nuevo encuentro.

Pero hoy, en aquel radiante atardecer de verano, no había olas espumosas ni aves nadadoras; solo se veían algunas gaviotas blancas que volaban por encima de su sombra negra. El bello lago soñador, rizado de olitas verdes, plisado de azul, se extendía, amplio y sereno; sus superficies lisas y brillantes alternaban con otros espacios finamente arrugados. Y en un rincón del cuadro, al fondo, a la derecha, como si el pintor hubiese buscado un efecto de luz muy especial, la estela refulgente de la puesta de sol palpitaba a través del follaje de un álamo lacustre que parecía a la vez incendiado y licuado.  
(p. 565)

Y nada más. “... la Tortuga del pasado no alcanzará nunca al Aquiles del Porvenir...” Van y Nabokov se están despidiendo de la vida.

“En el mejor de los casos, el “futuro” es la idea de un hipotético presente basado en nuestra experiencia de sucesión, en nuestra fe en la lógica y en la costumbre. Por supuesto que, en realidad, nuestras esperanzas no consiguen provocar su existencia más de lo que nuestras añoranzas consiguen cambiar el Pasado.

[...]

Pero el futuro está fuera del alcance de nuestros sueños y de nuestras sensaciones. En cada instante, en una infinidad de posibles bifurcaciones.

[...]

Lo desconocido, lo no experimentado, lo inesperado, y todas sus deslumbrantes intersecciones, son partes integrantes de la vida humana...

Y la quinta parte, y final, es la autolectura de la novela misma, la explicación, el resumen, la casa que el caracol lleva a cuevas y contiene el todo orgánico de su propia vida y de su propia narración, la última y más refinada muñeca rusa de esta construcción literaria a su manera nueva búsqueda proustiana de un tiempo perdido pero con un paso más, de final todo lo más feliz posible que puede desear alguien... “Pasan la vejez viajando juntos...” “Y muchas cosas más”.

